

# El centenario de Pi y Margall

EL centenario de un hombre ilustre no es una fecha de recuerdo necrológico. Es la celebración de una inmortalidad; esto es, de una ciudadanía viva, triunfadora de la muerte. No una supervivencia, una huella semiborrada en nuestro camino, sino una convivencia entre nosotros, una estela de luz convertida en guía de nuestra noche. No el eco de una voz extinguida, sino el grito que increpa en nuestra plaza, estimulando las desmayadas energías, excitando los agotados instintos de libertad.

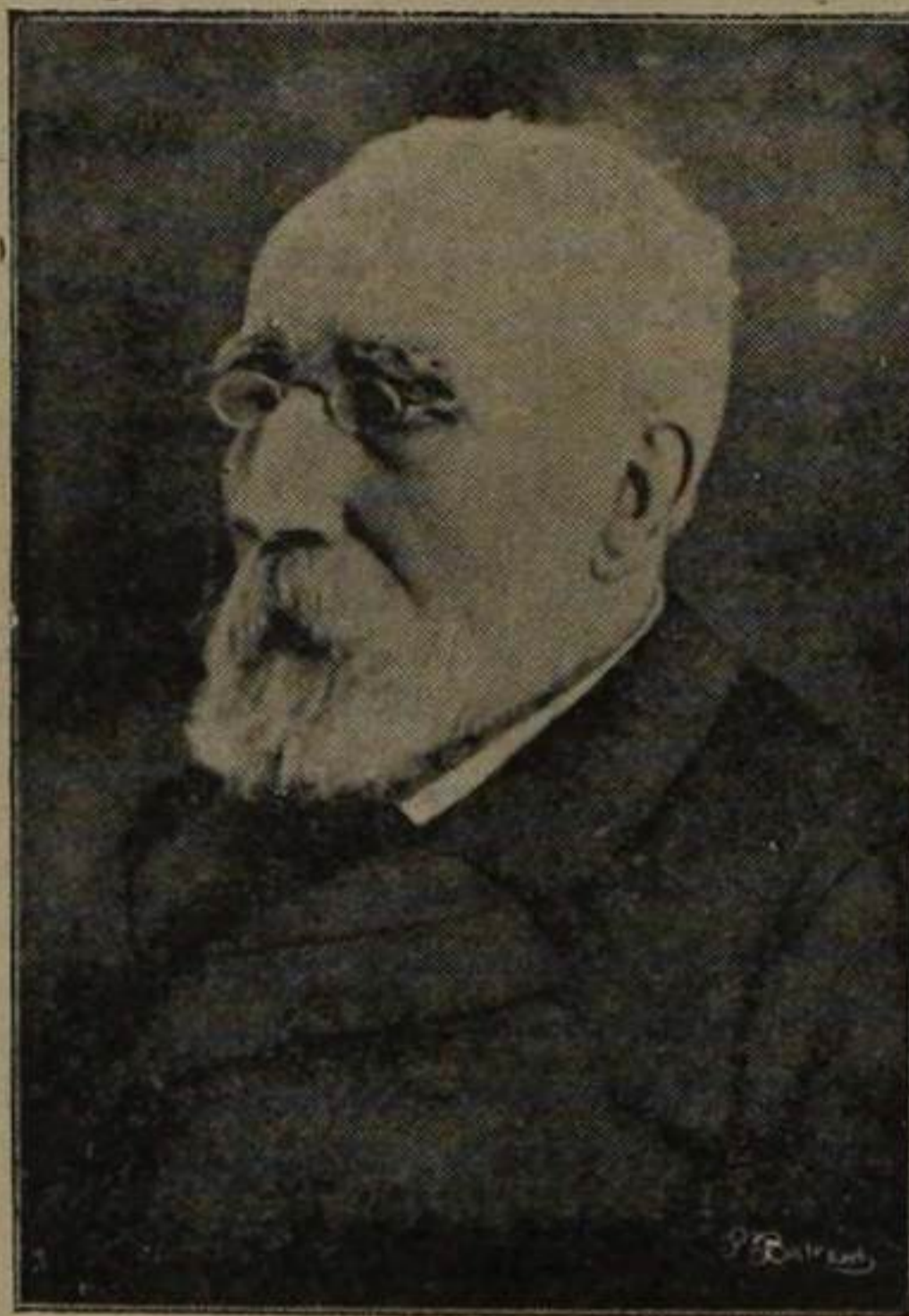
A nadie pueden ser aplicadas con mejor derecho esas consideraciones que a don Francisco Pi y Margall, cuyo centenario está a punto de conmemorarse.

\* \*

Por muchas razones, el recuerdo de mi formación personal como ciudadano va unido al nombre de Pi y Margall. En días de prueba, cuando los españoles fueron sometidos a la tremenda opción entre el egoísmo ciego de la intransigencia metropolitana, que pedían las turbas, y la grandeza espiritual de la concesión de la independencia a Cuba, que Pi y Margall pedía, éste fué, para mi juvenil entusiasmo, un magisterio alentador y un consuelo; mi verdadera reintegración en la ciudadanía española. Conservo de él una carta reconfortadora, que nos dirigió al grupo de amigos que entonces desbordábamos, en una Revista provinciana, el contenido hervor de nuestros disentimientos con el Poder, causante de tanta ruina y, sobre todo, de tanta maldad. Desde entonces..., ¿a qué decir que aquellos disentimientos no han encontrado ocasión de extinguirse a través de nuestra política oficial?

Pi y Margall, como ciudadano y como encarnación suprema de la efímera y gloriosa República española, nos sugiere el más interesante de los problemas políticos: la antinomia entre el político superior y la inferioridad de la multitud sobre la cual actúa; entre la pura normalidad y la bajeza real de la carne de su pueblo. He aquí un tema fecundo en consideraciones.

Hemos llegado al centenario de Pi, y nuestros ojos se vuelven a su gran figura, anhelosos de revisión. ¿Cómo suena a nuestros oídos el ritmo del invisible cortejo del maestro, al volver a desfilar ante nosotros? ¿Es una marcha fúnebre? ¿Es un himno triunfal? Yo creo que jamás pudo soñarse más dramática situación que la de ese



D. Francisco Pi y Margall

*El 29 del pasado mes de abril celebró España el primer centenario del nacimiento de este claro varón.*

episodio, a la vez tan imaginario y tan real... El séquito de Pi es a la vez una marcha fúnebre y un himno triunfal; una elegía y una apoteosis... Transcurre como la más intensa de las paradojas, llena de riqueza trágica, fecunda en sugestión de trascendencia... Verdadero momento épico, concentración de Historia y de Humanidad.

Es una marcha fúnebre. A nuestro entorno yacen los escombros del mundo ideal que trazó ese preclaro ciudadano. Nada queda de su visión generosa a nuestro alrededor. Si ese campeón pudiera abrir los ojos, recobrando su vida temporal, la ira profética inflamaría su gesto, y en su voz arrojaría su alma como un dardo de fuego, para purificarlos. Volverían a su lengua las eternas interrogaciones de dolor, no para resignarse ante la muerte, como Jorge Manrique, sino para lanzar el supremo llamamiento de combate: ¡Arriba los muertos!

Pero... escuchemos mejor. El cortejo se acerca. Felizmente, nos hemos equivocado. No es una marcha fúnebre. Es un himno triunfal. El ritmo se ha transformado al chocar con nuestro espíritu anhelante. Esa figura histórica se renueva para todos nosotros. Abramos la historia de ayer, envejecida y miope. Descubramos en ella a Pi y Margall erguido sobre su magis-

tratura fugaz y tambaleante... ¿Qué dice esa historia? Ese hombre fué la viva concreción del fracaso. No tuvo el sentido del «matiz» político; la sagaz transigencia con la propia doctrina, o, mejor, con la propia moral; la taimada gradación de tonos... ¡Qué lejos estuvo de la habilidad florentina! ¡Ah, si hubiese sabido pactar con la conciencia! ¡Qué falta de sentido «práctico»!

Pero también a nuestros ojos interiores, la nueva luz, la nueva alborada, anuncia el nuevo día. Y a esa claridad insólita volvemos a mirar a Pi y Margall. ¿A qué se llama «fracaso»? ¿No será a la lucha violenta entre un hombre y un pueblo? Pero ese hombre no es un tosco domador de la fiera multitud, armado de látigo, empuñando sus armas de fuego, sino un Orfeo tañendo su lira entre los leones acurrucados a sus pies, como a los de Daniel; un Anfión levantando ciudades con su melodía. Pi y Margall tuvo acaso conciencia de que sacrificaba el éxito inmediato de su quijotismo interior al provecho de venideras generaciones. Y en nosotros germina hoy imperiosamente el ansia de ser esas generaciones escogidas, dignas, por fin, del magisterio de aquel hombre. Dejarme creer que en no lejanas posibilidades históricas va creciendo una España que rescatará a la otra España y levantará sobre su pavés a Pi y Margall redivivo y eterno. No como una losa funeraria en el nombre de una calle amorfa, sino como un conciudadano viviente en el diálogo del foro, en la disputa de los Ateneos, en la batalla de los Parlamentos.

Ese es el sentido heroico de la figura de Pi; su gesta de campeón. No queremos para él una transfiguración legendaria, una aureola fantástica. Queremos la irradiación de su obra y de su ejemplo.

¿Fracaso? Se me ocurre un nombre, como fuerte disonancia con el de Pi. Y ese nombre, para la multitud dorada, es el de un hombre de éxito, lo contrario de un fracasado. Es Cánovas del Castillo. En este momento veo a las dos sombras enfrentarse en un momento único de su vida; fué en los días tremendos de Filipinas. Pi y Margall, que jamás pidió nada a la Monarquía, salió de su puritano retraimiento para pedir a Cánovas la vida de Rizal. ¡Y Cánovas se la negó! Yo veo en aquel olvidado rasgo un instante simbólico. Pi y Margall se irguió con toda su fuerza de «antago-